DONATIVO

La Moda Práctica

AÑO III. MADRID 16 DE FEBRERO DE 1910. NÚM. 112.

La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS.

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de **50 céntimos** *al mes en Madrid y al de* **2,25 pesetas** *al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores:* **20 céntimos.**

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN
DE
nuestras planas en color.

Elegante modelo de vestido en seda de Parma, con la falda ajustada al talle por pequeñas pinzas, guarnecida de dos pliegues huecos dibujando un canesú, interrumpido en los costados por un motivo de adorno. Cuerpo cruzado por delante, y espalda con manga corta de vuelo, y submanga con puño de muselina de seda, adornado de un volante y plisado.

Dibujo del figurín de nuestra primera plana visto por detrás.

En la doble plana, con el número 1, traje en paño de seda. Cuerpo-blusa plegado á lo largo; canesú bordado, sobrepujado de Liberty; botoncillos de pasamanería; plastrón de encaje; cintura bordada. Falda túnica guarnecida como la blusa.

Número 2.—Traje de tarde en paño de seda, con canesú bordado de realce camafeo, con el escote rodeado de una banda de Liberty; botones apropiados; volante añadido y cintura de cinta Liberty.

Número 3.—De tarde, también, en paño de damas. Cuerpo-blusa con pliegues que se deshacen, adornado de trencilla; botones de tela; guimpé bordada; camiseta en tul; cintura de Liberty ó tela; mangas cortadas de estilo ranglán; cierre en el dorso. Falda de tres paños y túnica de cuatro, cerrada, en el dorso, al lado.

Número 4.—Traje de visita en cachemira azul gobelin, con canesús en la blusa y en la falda, bordados de trencilla. Plastrón de blonda de Irlanda. Falda de volante plegado al lado y cintura de Liberty.

Número 5.—*Toilette* en paño de damas Cuerpo-blusa, formando petillo, con borde de bandas despuntealas; cordones cruzados y fijados por botoncillos de pasamanería; plastrón de encaje; cintura de *duchesse*. Falda de tres paños, con volante añadido de cinco; cierre por detrás.

Número 6.—*Toilette* de visita en popeline. Cuerpo-blusa; guimpé redonda, cortada en dientes y con aplicación de tela; plastrón de encaje, adornado de bieses en Liberty; lazo de cinta también de Liberty; camiseta forma blusa, coronada de sardineta de tela. Falda corselet con túnica, fijada á los lados con motivos de pasamanería.

En la última plana, Labores artísticas por M. Salvi.

Números 1 y 2.—Nombres de Enrique y José para bordar en pañuelos de diario.

Número 3.—(Novedad.)—Nombre de Luisa para bordar en almohadas ó en toalla de lujo.

Números 4 y 5.—Enlaces TA, CP, para pañuelos.

Número 6.—Continuación de abecedario para servilletas, cifras S, T, U, V, W.

Número 7.—Nombres de Saturnina, Eugenia, Damiana y Benigna, para pañuelos de diario.

Números 8, 9 y 10.—(Novedad.)—Escudos para bordar en manteles, con enlaces CR, IM, JBC, al realce y punto de arenilla.

ECOS DE LA MODA

Modas indecisas, «toilettes» de espera. El terciopelo y las pieles se eternizan; sin embargo, aún no ha llegado la hora de las telas alegres, primaverales y vaporosas.

Las que tienen absoluta precisión de hacerse un vestido, recurren á la hechura sastre, acortando en vuelo las levitas y confeccionándolas abiertas por delante y sujetas por un botón muy bajo, estilo norteamericano.

Si la moda nos hace languidecer, en cambio en el ramo de sombreros se verifica una verdadera revolución. Sombreros de crín, guarnecidos de plumas; sombreros de paja, con guirnaldas exquisitas de flores raras, y sombreros de tul, guarnecidos por detrás de un gran nudo de tul. Los sombreros turbantes adoptan también el tul de todos los colores, con adornos de perlas y «esprits» cristalinos.

La ropa blanca evoluciona: no se llevan los colores; la de gran lujo se hace en linón de hilo, llamado «de mano», que vale á 25 pesetas el metro, y se adorna con cinta blanca de seda. Las camisas de día se hacen muy escotadas, forma Imperio, retenidas sencillamente á la espalda por un nudo de cintas de seda. En el bajo se coloca un gran volante, guarnecido de puntillas, cuya montura se disimula por tres pliegues pequeños. Los pantalones han vuelto á ser estrechos y cortos; jamás deben pasar de la rodilla, y su adorno se reduce á una puntilla estrecha y tru-trú con pasado de cinta blanca.

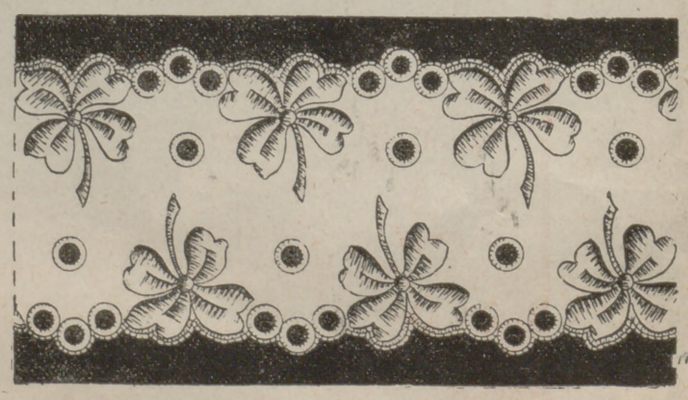
La última palabra sobre pañuelos. Vuelven á ser microscópicos, en linón de hilo, encuadrados por un volante de puntilla ó incrustados de lentejuelas, bordados á plano.

Otra novedad son los trajes princesas, combinados al gusto de la Edad Media; la parte superior de la «toilette» es tendida, lisa y sin pliegues; un pequeño escote redondo, rodeado de un ancho rizo de tul vaporoso; mangas largas y estrechas, que van hasta el dorso de la mano; la cintura ligeramente indicada debajo de la tela de encima semiajustada, y las caderas dibujándose en líneas blandas, cubiertas de una graciosa trena anudada á la izquierda. Casi todos los modelos hechura Princesa tienden á modificarse en las formas y en las guarniciones. Los delanteros, forma delantal, son lisos y extendidos por detrás y terminados por un ancho lazo anudado de la misma tela; otros, cruzan por delante y por detrás, tomados en paños lisos laterales. Las faldas son, con pocas excepciones, casi todas cortas, sustituyendo al frunce hechuras esbeltas, que ni encierran ni esconden las formas mediante pliegues llanos.

Como telas, dominan las sedas tusors y tejidos de algodón crepés, unidos con hermosos dibujos impresos con flores.

De gran novedad son también los velos glasés unidos y con flores, tejidos idealmente flexibles y transparentes, los cuales, al revés de los de color más obscuro, producen, para el juego de los pliegues, efectos maravillosos. Sus tonos son de una fineza imprevista; el color rosa pálido de las rosas de cien hojas, el azul del jacinto, los amarillos albaricoques, malva y lila, con lustre blanco casi argentado, á los cuales se mezcla en los pliegues y ropajes un tono más obscuro, serán las modas de primavera, el ideal de nuestras elegantes.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Modelo de entredós bordado para camisas de señoras.

SGCB2021

CUENTO

EL PERRO LAZARILLO

Todos en la ciudad conocen á un ciego, vendedor de décimos de la Lotería nacional, que vaga por las calles durante las horas del día y aun algunas de la noche, la resignación de su desgracia pintada en su rostro de hombre envejecido, más que por los años, por los agravios de la humanidad.

Suele llevar durante los calores del estío la calva cabeza, reluciente, descubierta, y en el invierno resguardada de los cierzos helados por un sombrero obscuro de anchas alas. Encuadra su rostro venerable nevada y rizosa barba, y viste siempre, dentro de su humildad, con suma pulcritud.

Nunca le he conocido amigos ni sociedad con nadie, más que con su perro lazarillo. Un pacientísimo é inteligente can de lanas, tan limpio y aseado como su dueño y señor, solícito compañero de miserias.

Más que la cuerda, que del collar del perro á la mano del ciego les une, enlaza á estos dos seres desgraciados la cadena invisible de un afecto mutuo.

Yo sé la historia de este ciego y de este perro fiel, y quiero contarla hoy, porque puede ser ejecutoria de nobleza para el perro.

El ciego tuvo unos amores que fructificaron. El ciego tuvo mujer, y de esta mujer tuvo una hija.

La mujer, después de unos días sin otra alimentación que pan y de una noche sin albergue, se entregó á los brazos de un hombre que tenía dinero, y huyó, deshonrada, abandonando la hija á las caricias y á las estrecheces del esposo.

Tuvo valor para ser mala esposa, pero no para ser mala madre, arrastrando hasta la ciénaga del vicio, en la que iba á hundirse, á su propia hija.

El ciego, con la niña, caminó errante por muchas tierras, pidiendo pan por amor de su hija.

En la cuneta de una carretera, la niña compartió un día un mendrugo con un famélico can, maltratado por los hombres, que negándole la caridad de sus sobras alimenticias, le hicieron merced de unos bestiales garrotazos. Y desde aquel día en que la niña le dió á gustar el amargo dulzor de un cacho de pan de limosna, y el ciego la ternura de una caricia de su mano honrada y buena, el perro, esclavizado por la gratitud, siguió como un fiel servidor al ciego y á la niña por caminos de humildad y caseríos de bucólicas costumbres.

Y un día de sol, en la cuneta de otra carretera muy lejana de aquella en que trabaron conocimiento, el ciego y la niña acordaron dar el nombre de «Leal» á su bondadoso compañero.

El ciego, la niña y el perro fueron felices, en cuanto cabe serlo á los moradores de la tierra.

La cinta cinematográfica de los años pasó muchas veces por ante el objetivo de la Vida. Y el ciego logró hilos de plata para sus sienes y su barba; la niña aumentó sus encantos con los encantos de pubertad, y en «Leal» dijérase que también había aumentado la lealtad.

La niña, ya en los primeros pasos de su etapa de mujer, cosía muy primorosamente. La necesidad fué su maestra; remendando las ropas de su padre y sus propias ropas aprendió en pasados días el manejo hábil de las agujas, las tijeras y los hilos. Y el padre, el buen padre ciego, sabedor de las mañas de su hija y para no seguir exponiéndola á las inclemencias de los caminos y á los deseos de los hombres que en su nómada vivir había de tropezar, la buscó acomodo en un taller de sastrería de una pequeña ciudad provinciana. Casa y alimentación le ofrecieron á cambio del trabajo de la niña. Y además, la mujer del sastre, una buena mujer, según todos los informes que adquiriera el ciego, cuidaría de la educación moral y social de la nueva oficiala.

Ya todo arreglado, una mañana espléndida, el ciego y «Leal» abandonaron la ciudad, con rumbo á unas tierras nuevas, más lejanas que las recorridas hasta entonces.

De largo en largo, el padre y el perro, compañero fiel desde los días de la niñez, visitaban á la joven sastra. La visita sólo duraba unos días, muy pocos; pero en uno de ellos, el ciego, incansable ahorrador, depositaba en un establecimiento de crédito y á nombre de su hija, por si la muerte le sorprendía en mitad de un camino, la suma de sus economías.

Así, el pobre ciego, infatigable perseguidor de la dicha, amontonaba peseta sobre peseta, soñando poder descansar un día, al lado de su hija, tal vez casada y tal vez con hijos, en un hogar humilde, pero honrado y tranquilo.

Pero cuando más cerca creemos estar de la felicidad, más próximos nos hallamos del dolor.

Una tarde, y desde unas tierras muy lejanas, llegaron el ciego y el perro lazarillo á la puerta de la sastrería donde trabajaba y vivía la hija del ciego. Ya no se separarían nunca jamás de ella ni su padre ni su perro, que conquistó su manecita con un trozo de pan de caridad.

Y la mujer del sastre, aquella buena mujer, según todos los informes, aquella buena mujer que llegó á amar á la hija del ciego como á sus propios hijos, llorando, con lágrimas de amargo pesar, dió al pobre nómada la mala nueva de la huída de su hija, que se entregó á los brazos de un hombre que tenía dinero y la mintió amores.

¡Como su madre!

Pero peor que su madre, pues á aquélla la cegó el hambre y á ésta el espejismo de unas grandezas que harto caras había de pagar.

Y al robar á su padre, el buen padre ciego, las dulzuras de la felicidad soñada, le robó también los dineros acumulados á costa de sus mil privaciones.

En trance tan doloroso, el infeliz padre, anegado en llanto, exclamó:

—¡Y desde hoy, ¡Dios mío!, solo ya para siempre!...

Y el perro lazarillo, como si entendiera el por qué de las lágrimas del pobre ciego y el dolor de su exclamación, aulló, como un reproche, y le lamió una de las manos...

.....

.....

Todos en la ciudad conocen á un ciego, vendedor de décimos de la Lotería nacional, que vaga por las calles durante las horas del día y algunas de la noche, y á quien no se conoce más amistad ni más compañía que la de su perro lazarillo, un pacientísimo é inteligente can de lanas, llamado «Leal».

—

Como estamos en los comienzos de la canícula, unos empleados del Municipio, obedeciendo á órdenes superiores, en las horas de la madrugada dan caza y muerte á los perros vagabundos, que se hallan en la vía pública.

Es esta una medida impuesta por la higiene social, que no voy á discutir ahora; pero con la que se cometen grandes injusticias.

En la madrugada de hoy, esos empleados municipales han dado muerte á «Leal».

El bondadoso perro lazarillo, que al lado de su dueño se había olvidado ya de la maldad de los hombres, ha podido ver hoy que esa maldad no se extingue.

«Leal», al verse acosado, miró á sus perseguidores con ojos en los que bien claramente se leía una súplica de compasión, unida á la natural extrañeza que debe sentir todo ser inofensivo que se ve cruelmente atacado. Luego, al verse prisionero, indefenso, entre las garras de la bestialidad humana, contempló á sus verdugos con horror; y más tarde, al sentirse morir, fulguró el perdón en sus pupilas.

Los empleados perreros, canófobos—valga el vocablo,—embrutecidos por la fiebre de matar, de nada de esto se han podido apercibir siquiera.

Y como ahora es cuando el pobre ciego habrá de verse ya para siempre solo, solo de por vida, yo cuento aquí su historia y la muerte del fiel «Leal», para que, si llega mi relato á sus oídos, sepa que su perro lazarillo no le abandonó por desamor, como su esposa y su hija.

J. SERRANO PATROCINIO.

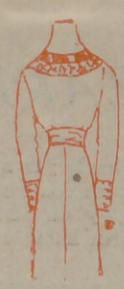
Festones para bordar, Fuentes, 7.

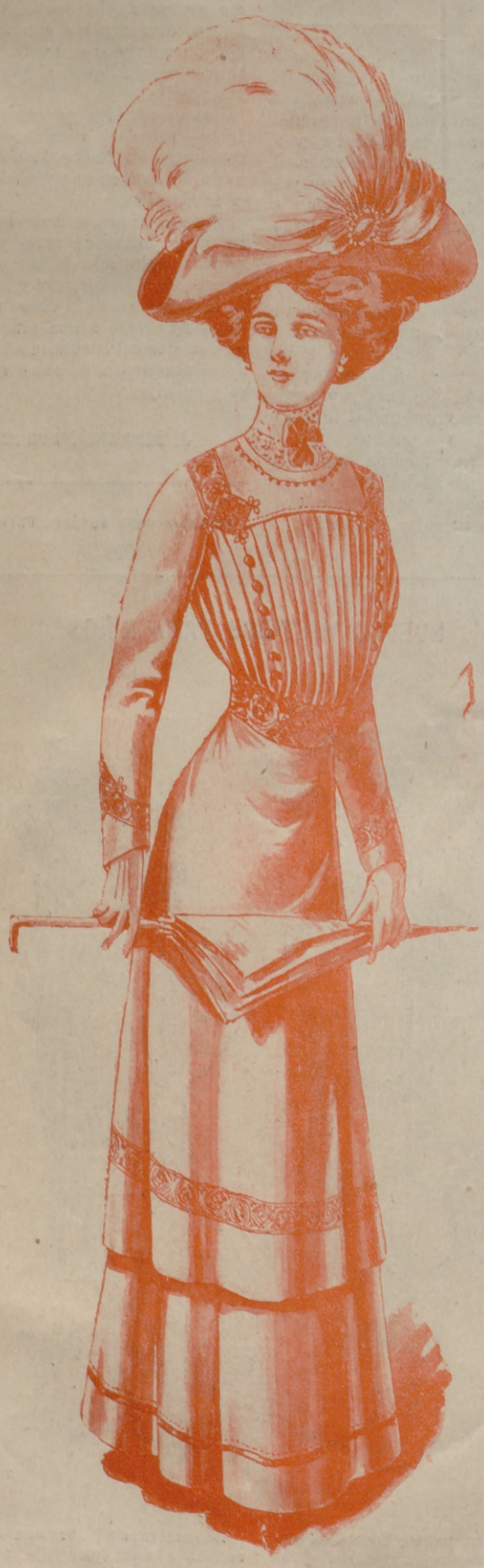
NUEVOS VESTIDOS PARA NIÑOS

Delantal en pañete forma de anguarina sujeto por un cinturón, y camiseta ó blusa con manga corta de farol de tela rayada.

Delantal en tela blanca de talle largo, con manga unida y corta, y escote redondo con adorno de banda, que se repite en la cintura y puño de las mangas.

SGCB2021





1

2

3

4

5

6

SGCB2021

Estafeta de "La Moda Práctica"

Chillón.—¡Pues sí que le viene bien el pseudónimo elegido! En toda su carta no hace más que *chillar*. Se recibió su cupón. El no haberle respondido antes obedece al turno, á ese turno que usted, *porque sí*, quiere calificar de famoso.

Una suscriptora.—No importa que los tenga usted en las manos. En mi concepto, le conviene la misma receta que ya tuve el gusto de explicarle al detalle.

Una que engorda por momentos.—Señal evidente de que no tiene usted muchos disgustos, cosa que yo celebro infinito. ¿Tratamiento? El conocidísimo, y no por eso menos eficaz, de hacer mucho ejercicio: dormir seis horas á lo sumo y atemperar la alimentación absteniéndose de tomar substancias grasas.

Kuroki.—Si no quiere usted ser la *mujer-oso*—como con tanta gracia me dice en su carta—, apele al remedio único, por ser radical, de epilación eléctrica. No es tan *horrible* la cosa como usted se figura. Claro es que tiene que ser practicada por alguien perito en la materia—. Cuando á propósito del plan que le indiqué para conseguir la hermosura del busto, le decía «agua fría, localmente», claro es que se trata de lo mismo que usted me dice. ¿Comprende? El examen grafológico de su escritura—claro es que hecho tan ligeramente como las circunstancias requieren—acusa en usted un carácter exaltado y romántico, propio para que en su alma tomen desarrollo *excesivo* las amorosas pasiones. Tal es el rasgo principal. Luego hay otros, de que no puedo hacerle aquí ni ligera mención por los estrechos límites en que tienen que desenvolverse las respuestas de la Estafeta.

Una enamorada de la Secretaria.—¡Pero, señor! ¿Por qué no será usted un apuesto mancebo, calavera y gallardo como Tenorio, y yo una Doña Inés con rubios cabellos orlando una carita preciosa de diecisiete abriles?... Desgraciadamente, no se dan estas circunstancias, y *así, por el pronto*, no va usted á tener otro remedio que devorar á solas la pasión que inconscientemente he inspirado á usted.—Eso de que me pida un remedio para ocultar las canas, me hace sospechar que no es usted joven, circunstancia que —aun dado caso de que yo fuera varón—habría de dificultar un poco el que la correspondiera en sus amorosas ansias, porque á la verdad, hijita, á mí *se me* figura que al ser hombre me gustarían, para amarlas, las mujeres jóvenes. Dejando aparte esto de los amoríos entre nosotras, acepte mi consejo para lo del pelo, y es que, si de todas suertes está usted decidida á tintarse los cabellos, haga uso de la receta del Jouvence, que obra rápidamente y de la que puedo responderle que no contiene ninguna substancia nociva.

Lebasi.—El Agua de la Juventud es, en efecto, un gran remedio rejuvenecedor, quitando las arrugas y *colgantes* que en la edad provecta empiezan á aparecer. Es su receta recomendadísima también para combatir las manchas y granitos que tanto afean el cutis, contribuyendo á su blancura.

Angelina de la Huerta ó sea siempreviva y pensamientos.—Pero ¿por qué no una sola de las dos cosas? En fin, yo la he complacido escribiendo este pseudónimo, que no por poético deja de ser más largo que la esperanza de un pobre. No obstante el parecer de su amiga, una señorita no debe nunca levantarse de su asiento al recibir el saludo de un caballero. Puede, sí, hacerlo con toda la afectuosidad que requieran las circunstancias; pero sentadita, ¿eh? —La comedia *Flor de un día* es tan conocida como la bola de Gobernación—pongo por *cosa* popular—. Así es que en la primera librería en donde usted la pida, se la darán en el acto, mediante la suma modestísima de una peseta columnaria ó de las otras. Con tal de que no sea falsa, basta.

Moisés G.—Me apresuré á dar conocimiento de su ruego en la sección de patrones, y verá usted cómo no tardan en complacer sus deseos.

Chicharito.—Se recibió su cupón, que desde luego entró en suerte. Las recetas de que me habla son populares. Diríjase á cualquier perfumería de esta corte.

Una entusiasta de Benavente.—Queda hecho su encargo en la sección de dibujos, y puedo asegurarle que su cupón entró en sorteo. En cuanto á que el premio ó premios no *toquen en* Sevilla, eso ya es cosa de la señora Fortuna, que estará reñida con los andaluces.

Una que quiere mucho á la Secretaria y no la conoce.—Gracias por ese afecto, á ciegas. El Agua Oriental es más bien un decolorante, y sirve, sobre todo, para igualar el tono de los cabellos que pusieron multicolor el empleo de tintes varios. No debe usted tratar de *desenamorarse*, porque, por lo visto, el cariño ese tiene hondas raíces. Luche usted, «contra viento y marea», si el amor en usted es verdadero y él le corresponde. ¡Se ve *de esto* tan poco!—Para el brillo de las uñas emplee el *polisoir* y unos polvitos de esmalte, que venden, muy baratos, en todas las perfumerías.—La ortografía es buena y la letra elegante, «de Sagrado Corazón». Déjese de tristezas, que bastante tenemos todos con el anuncio de que se va á acabar el mundo en el próximo mes de Mayo.

Violeta y Geranio.—Ya habrá usted visto cómo en pasados números quedó complacida, publicándose en la sección de dibujos el nombre que deseaba.—No hay más que calentar un poco la cerveza y locionar con ella el pelo antes de someterlo á la presión de las horquillas.

Una abonada.—¿A qué teatro? Esas blusas, lejos de «estar mal», son las que se usan para teatro, aunque sea en invierno. Se recibió su cupón, que desde luego entró en suerte.

Una suscriptora.—Me devuelven su cartita de la sección de dibujos—en donde la entregué al recibirla—, diciéndome que queda usted complacida en todos sus deseos, y á estas fechas ya habrá sido publicado.

A. G.—Ya habrá visto que le complacimos. Mande otra cosa.

Lorito.—Yo, que usted, le hacía cualquier cosa á ese animalito parlanchín. ¡Cuidado con su imprudencia! Pero, ¿qué vamos á hacerle? No hay otro remedio que cortarle la lengua, y si esto le parece demasiado grave ó cruel, regale el bicho, teniendo mucho cuidado de que el obsequio no recaiga en ninguna persona que tenga trato con el pobre y confiado Arturo.

Una que no quiere ser morena.—Pues hace usted mal. Ya sabemos todas lo que dijo Campoamor, considerando el ser morena y, además, sevillana, como un colmo de perfección. No obstante, si quiere aclararse el pelo con un decolorante más bien que con un tinte, emplee el agua oxigenada, que obra de un modo gradual. Su cupón se recibió y, desde luego, entró en suerte. Lo de la «carne de gallina» le desaparecerá si sigue con constancia el procedimiento de locionarse los brazos á diario con Agua de Colonia.

F. G.—Ya habrá usted visto en LA MODA cómo quedó complacida en su ruego.

Cubana.—Con mucho gusto admitimos su ruego y ya habrá podido ver cómo se la complació muy pronto.

Carmen.—Gracias por lo que en su buen concepto de mi habilidad, para contestar, califica de *golpes*. Respecto á la paciencia, sí, francamente, admito los parabienes. Alguna cantidad de ella se necesita, en efecto. ¿Un retrato moral por los caracteres de su escritura? Ahí va por lo menos un diseño. El tiempo y el espacio de que disponemos no consienten otra cosa. Acusa su letra un temperamento analítico, aficionado en grado sumo á buscar el porqué de todas las cosas. Dice, además, que sus gustos son aristocráticos, que siente predilección por las ciencia exactas y que no deja de ser usted ambiciosa y con no poco orgullo.

F. B.—No sé de ninguna familia que necesiten *recamarera*—como dicen en México—y, sobre todo, para que quieran llevársela del otro lado de los mares. Además, hija mía, aunque yo tuviera noticias de algunos señores que desearan dar una colocación como la que usted pretende, ¿cómo iba yo á hacer la recomendación de una persona que no tengo el gusto de conocer? Reflexione en que tengo un poquito de razón en lo que le manifiesto. No creo que vaya usted á incomodarse conmigo por mi leal franqueza. Vea en qué otra cosa puedo ser útil y la serviré gustosísima.

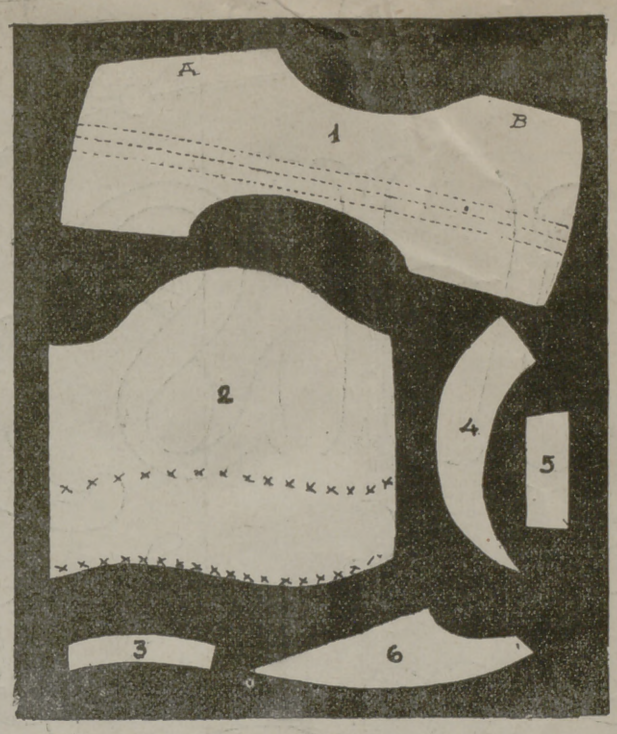
Heliotropo fino.—Haga crecer el pelo en esa calva untándose un poco de aceite de ricino. También es bueno la brea. Para la blancura y conservación de las manos son muy provechosas las mezclas de almendras y salvado, así como también son excelentes las de glicerina y almidón. Gracias por sus inmerecidos elogios, y mande otra cosa.

La del novio bonito.—Para decirme que le dé mi opinión sobre si esas ropas nupciales han de ser así ó de la otra manera, huelga que se extienda en consideraciones acerca del *palmi o* del futuro. Por consiguiente, cuando deje usted de decirme que es monísimo, guapísimo, graciosísimo y todos los demás *ísimos* del repertorio, tendré el gusto de contestar á usted.

María L. C.—No sé por qué sabe usted que á mí me siguen los pretendientes por la calle. Eso se queda para las jóvenes y hermosas. ¡Ay! Yo pasé de esa época feliz de ilusiones venturosas. Ese muchacho que la sigue por todas partes debe tener muy poco que hacer ó tendrá aficiones policíacas. En cuanto á que pasee arriba y abajo por las fachadas, tenga usted presente que también lo hacen las lagartijas sin estar enamoradas. Se recibió su cupón, que desde luego entró en suerte. Yo me alegraré infinito que le toque algún premio. Recomiendo su ruego en la sección de dibujos, y tenga la seguridad de que no tardarán en complacerla.

La Secretaria.

FIGURIN DEL PATRON CORTADO



CUERPO BLUSA GRAN MODA

Para confeccionar en Liberty azul, plisándolo en jaretas y guarnecerlo de un gran cuello chal en veludillo negro. Mangas de doble farol al frunce, terminadas por un bies de veludillo y un pequeño volante.

Explicación de las piezas del patrón cortado.

Número 1. Delantero y espalda, unidos. (La línea de puntos indica las jaretas, y las letras A y B los lados correspondientes á la espalda y delantero.)—Núm. 2. Manga. (La indicación de los frunces para los dos faroles va marcada con unas crucecitas.)—Núm. 3. Brazalete de la manga.—Núm. 4. Cuello chal.—Núm. 5. Cuello.—Y núm. 6. Plastrón ó pechero. (Dos partes de cada una.)

Charlemos.

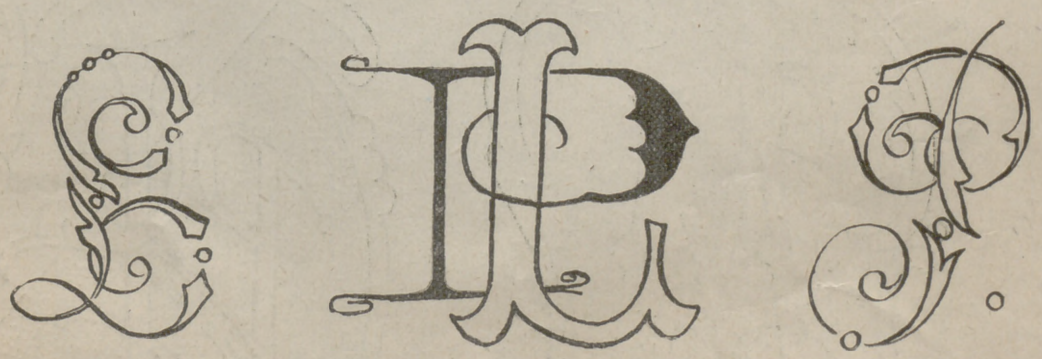
Así como las máscaras «finas» se conocen por la limpieza y calidad de sus guantes y por la irreprochable forma del calzado, el buen gusto, la condición de las personas, y acaso los sentimientos de su alma, revélanse en cientos de ocasiones examinando el papel en que tienen costumbre de escribir sus cartas.

Nada causa al enamorado más pésima impresión, ni le desilusiona más pronto, que recibir un amoroso billete en papel ordinario, en papel común, vulgar, de pacotilla. Y, en cambio, cuando llega á manos de un novio ó un pretendiente, aunque no sean nada más que cuatro líneas escritas con esos caracteres franceses, puntiagudos, grandes, letra clásica de las muchachas educadas en el «Sagrado Corazón», trazada tan elegante escritura en esos preciosísimos papeles de fantasía, estucados, marfilíneos, en pergamino ó de luciente satín, en tono de colores suavísimos, perfumado el sobre con un tenue aroma de violetas, entonces, en este caso, el feliz mortal que recibe una carta así, se entusiasma, se vuelve loco de pasión. Lanzando su imaginación por los vastísimos campos de la fantasía, aparécesele la imagen de su amada envuelta en los sutiles, vaporosos celajes que ha creado su ilusión, ilusión que nació, que tuvo como punto de partida el adorado papelito que la novia le enviara.

De todo esto, saca en consecuencia, ¡oh, carísima lectora!, que es preciso convencerse, una vez más, de que «pequeñas causas producen grandes efectos», y que todo el complicado laberinto de la vida social se basa en pequeños detalles.

El capítulo de tarjetas de visita también es importantísimo. En efecto, ¿quién no se ha reído de esos pedazos de cartón ordinario, mal cortados, en los cuales se advierte, desde luego, en viejos tipos de imprenta, un nombre que, á no dudar, tiene que pertenecer á algún personaje protagonista de los artículos que inmortalizara Luis Taboada?

E. S. DEL R.



Letras y enlace LP para bordar en servilletas.

EL CAZADOR Y EL PÁJARO

FABULA

Saltando de rama en rama
un pájaro volandero,
osó bajar á la grama,
sin notar la oculta trama
en que quedó prisionero.
Las tiernas alas batiendo
lanzó doliente gemido
tan dura opresión sintiendo;
lo imposible, comprendiendo,
de poder volver al nido.
Y fué mayor su tormento
cuando abatido, escuchaba
de su madre el tierno acento,
que afanosa le buscaba
para darle su alimento.
Al verle en tan grave apuro
el cazador, despiadado,
dijo con acento duro:
«¡Tu atrevimiento has pagado;
no hay prisa; ya estás seguro-»
Y al prisionero dejando
retorcerse en su agonía,
siguió tranquilo, buscando
el lugar donde podría
sus trampas ir colocando.
Entretenido se hallaba,
y no advertía que el viento
por instantes se cambiaba,
destruyendo en un momento
cuantos lazos preparaba.
Salió, al fin, de su abstracción,
recordando el pajarillo
que, gracias al aquilón,
verse pudo el pobrecillo
libre de aquella prisión.
La red que lo sujetaba
el viento arrancado había.
Alegre al árbol tornaba,
y en el canto que entonaba,
mofándose le decía:
—Pecaste de confiado,
y ahora bien sé que te pesa.
¡Aprende, ten más cuidado,
que un poco viento cambiado
malograr puede una empresa!

LÁZARO.

El cepillo como paño de la cara.

La joven que quiere tener un cutis perfecto, por la mañana se encamina con entusiasmo al cuarto de baño ó tocador y empieza lavándose la cara con agua muy caliente, en la que se ha disuelto una cucharadita de borax. Y aquí es donde el cepillo de pelo de camello entra en juego; úsese este cepillo en lugar del paño para el mismo propósito y fríéguese la cara bien, mojando el cepillo de cuando en cuando en el agua caliente. La cara se debe de asear de este modo todas las mañanas. ¡Una palabra de cautela! Jamás se debe de usar otro movimiento que el rotativo al lavar la cara, sea con el cepillo ó con el paño. Cualquiera fuerza hacia abajo hace que los carrillos se aflojen y formen arrugas, y da á la cara una expresión ajada y desolada.

Cuando este aseo matinal se haya concluído, unos golpes de agua fría sobre el cuello y la cara estimulará el cutis, y cerrará los poros que se han abierto, bajo la aplicación del agua caliente; de manera que las partículas de polvo flotante no encontrarán ningún sitio donde adherirse.

A NUESTRAS SUSCRIPTORAS
RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G.ª Labiano.* Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.

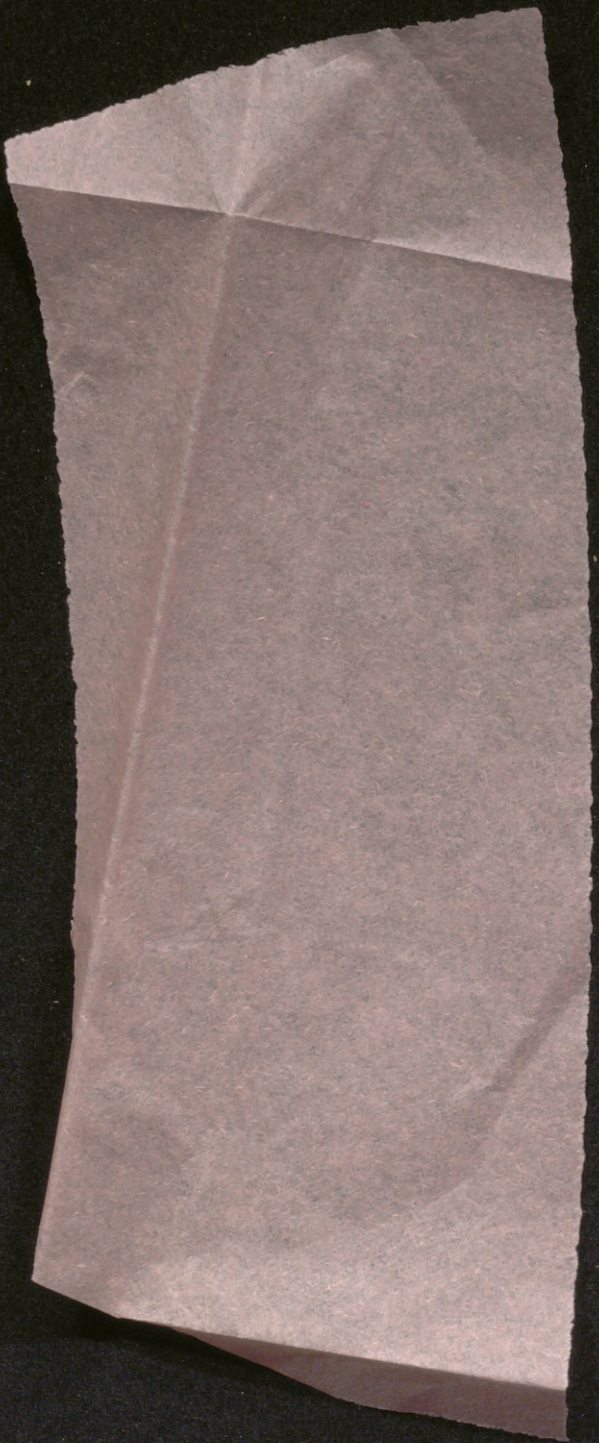
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

SGCB2021

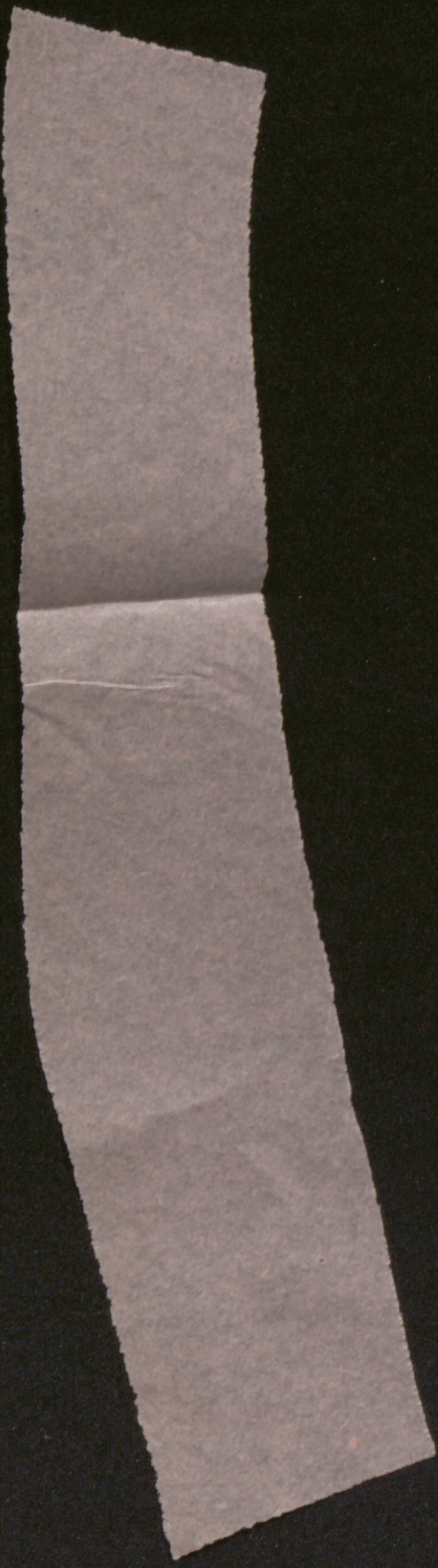
SGCB2021

AIRON CORTAI
REGALO DE
A MODA PRACTIC
patrón no puede ser vendido
circular sin el número de
LA MODA PRA

SGCB2021


SGCB2021

SGCB2021


SGCB2021

Enrique
1.
José
2.
3.
4.
5.
S
T
U
V
W
6.
7.
Saturnina
Eugenia
Damiana
Benigna
M. SALVI
8.
9.
10.